

la República con sus bienes, aunque el proceso de incautaciones por causas de guerra fue pronto regularizado y sometido a un orden legalista por las autoridades republicanas. Paralelamente, la aplicación de la justicia contra los rebeldes fue cada vez más benévola. Pero tampoco la guerra fue una experiencia desprovista de traumas para la población civil albacetense, que sufrió numerosos bombardeos y crecientes estrecheces materiales. La marcha muy negativa de la guerra para la causa republicana, sobre todo a partir de septiembre de 1938 con el fracaso de la ofensiva del Ebro y la retirada de las Brigadas Internacionales, significó la pérdida de lealtades al Estado republicano y su Ejército Popular, derivando la situación en nuevos desórdenes que acompañaron la derrota militar definitiva. Es en este punto en que comenzamos nuestro análisis histórico, cuando las tropas franquistas “liberaron” Albacete e implantaron su gobierno en la ciudad, el 28 de marzo de 1939 (Requena, 1996).

1. Albacete en el “año cero”

Probablemente, los días de la Victoria fueron vividos en Albacete con emociones muy diversas, que oscilaban entre la ansiedad o el miedo, y el alivio o la euforia. En las semanas subsiguientes a la ocupación por las tropas franquistas las nuevas autoridades implantaron por la fuerza un orden contrarrevolucionario, procediendo, en primer lugar, a la persecución de izquierdistas, su sometimiento y depuración. En esta coyuntura, la violencia bélica se extendió más allá del 1 de abril de 1939 sobre un enemigo ya vencido y desarmado. En los primeros meses, la coerción ejercida arbitrariamente por falangistas y otros individuos armados costó la vida de más de quinientas personas en la provincia. Además, el establecimiento de tribunales militares significó la continuación de una justicia de guerra, extremadamente dura hasta 1943, que ejecutaría a más de mil albacetenses hasta finales de esa década (Ortiz, 1996). En ese contexto represivo, frenético por momentos, la articulación de una oposición se demostró imposible. Los movilizados por el ejército republicano fueron regresando derrotados a la ciudad, tras pasar por los campos de concentración o eludiéndolos arriesgadamente. Uno de aquellos soldados, Ezequiel San José López, desmoralizado por la terrible experiencia de la derrota,